

Diferentes ante la vida, iguales ante la muerte

“¿De qué otra forma se puede amenazar que no sea de muerte?

Lo interesante, lo original, sería que alguien

lo amenace a uno con la inmortalidad.”¹

Jorge Luis Borges

Para comenzar, debo advertir que en este ensayo me propongo exponer los conceptos de lo que implica vivir y morir. Qué provoca en el hombre la idea de la muerte y las posturas religiosas ante este acontecimiento. Cómo se genera un conflicto cuando el poder utiliza la muerte para someter al otro. A esto se le suma el objetivo de descifrar qué importancia tiene ser finitos en un mundo que presume ser infinito; y qué sucedería en el hipotético caso de que no lo fuéramos. En otras palabras, qué valor otorga el condicionamiento de la presencia de la muerte en la vida.

La metodología que utilizaré se basará en el análisis de la realidad, la literatura y las posturas filosóficas que cada cultura y autor aportan a la temática.

Como primera instancia estableceré el concepto de qué es vivir; pero no desde una definición académica. Ya que vivir, el hecho de estar vivo, implica mucho más que solo las condiciones biológicas. Entonces vivir, poseer vida -y aun mas significativo tener conciencia de ésta- inculpa existir, ser.

Entonces, partiendo de que vivir es *ser*, podemos decir que el hombre es lo que el filosofo Martin Heidegger llamó el *Dasein*. Este es el *ser-ahí*; es aquel ente existencial que se encuentra situado en el mundo e impulsado hacia sus posibles. Esto último conlleva una gran carga; ya que dentro de todas las posibilidades que pueden ocurrir, está presente la de dejar de ser, y esto representa la muerte. Morir es la imposibilidad de todos los posibles, es dejar de ser, abandonar la existencia.

Se arroja un nuevo factor: la conciencia de muerte. El hombre es el único ser -y he ahí una de sus particularidades y grandezas- que toma conciencia de su finitud, que sus días se terminarán, de que es mortal. Y esto es un elemento trascendental en la existencia humana, porque el tomar conciencia de la finitud,

¹ <http://www.frasesypensamientos.com.ar/autor/jorge-luis-borges.html>

acarrea consigo muchos sentimientos; y uno de los más destacados es el temor hacia la muerte. Ésta representa a su vez lo desconocido, la nada; aquello que es inconcebible a nuestra subjetividad. Y es por esto que el hombre siente pavor ante la idea de dejar de ser, de ser nada. No puede concebirla, entonces se genera la angustia.

Cada religión intenta dar respuesta a la situación de angustia o desolación ante este hecho ineludible. Éstas se encuentran incorporadas a una cultura y se interpreta a la muerte de una manera particular en cada caso. Por ejemplo: para los cristianos, la muerte significa el paso a la vida eterna y el abandono del cuerpo terrenal. La vida de sus fieles está guiada por valores impuestos por su iglesia.

En cambio, los hindúes creen que la muerte es volver a comenzar; ya que al morir, el alma deja el cuerpo y renace en el cuerpo de otra persona, animal o vegetal. Su vida se basa en valores que involucran el despojo de lo material, como preparación hacia la vida futura.

Aunque el punto de vista no sea el mismo, está vigente un factor común: somos mortales. La finitud no discrimina entre razas, posiciones económicas, políticas o religiosas. Es la conciencia de la finitud lo que nos define como diferentes ante la vida, pero iguales ante la muerte. Por ende, mi vida es tan valiosa como la del otro.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando el hombre impone la muerte en otro, cuando mata a un igual? La muerte pasa a ser un arma del poder. Este utiliza el temor a la muerte para que el otro se le someta, quebrando esta relación de iguales que poseen por su misma naturaleza de mortales. Y ésta es también una idea hegeliana. Que se da en el enfrentamiento de conciencias que luchan a muerte por el *deseo* del otro. Aquí el *deseo* es el reconocimiento de superioridad de una de las partes sobre la otra. Es lograr dominar al otro. Entonces, una de las conciencias se deja vencer cuando su temor a la muerte es mayor que su deseo de superioridad. En el texto de Hegel², aquella conciencia que se deja dominar por su miedo a la muerte es el esclavo y aquella en la que su deseo de imponerse sobre el otro es mayor a su temor a la muerte, es el amo.

Entonces, cuando el poder impone el temor a la muerte como amenaza y a la muerte como castigo a los que se oponen, se genera un conflicto. Un ejemplo

² Fenomenología del espíritu. México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 113/121

explícito de esto es la guerra. En un combate, dos –o más- ideologías, intereses, objetivos –en definitiva, poderes- se confrontan. El arma es la muerte y su victoria se nutre de arrebatarle la vida al otro, para que el opositor se someta.

La problemática es que, ese otro que muere, tiene tanto derecho a vivir como su oponente. O bien, el que mata, no tienen ningún derecho a despojarle la vida a otro. ¿Por qué negar que la existencia del otro vale tanto como la mía? El otro es igual a mí respecto a la muerte; porque es un ser finito, un *dasein*, como todos los hombres. Esta es la *diferencia ontológica* que también se halla en el texto de Heidegger³; la cual se establece entre lo *óntico* (cosas, objetos) y lo *ontológico* (lo relativo al *ser*). Entonces, si el otro es un *ser-ahí* -y no una cosa- su derecho a estar vivo es igual que el mío.

Ahora bien, vemos que la muerte es tratada como una angustia, y es también utilizada como arma del poder humano. Pero ¿qué sucedería si el hombre se “*librara*” de la mortalidad? ¿Si se pudiera descartar esa imposibilidad de los posibles? Nuestra existencia no tendría significado alguno.

Para acentuar la afirmación anterior, plantearé el caso que se da en la novela filosófica “Todos los hombres son mortales” de la filósofa francesa Simone de Beauvoir.

En ella se narra la historia de Fosca, un príncipe cuyo mayor anhelo es ser inmortal. El personaje consigue su objetivo al conseguir todo el tiempo de la eternidad, permaneciendo siempre joven y vivo; ya que nada ni nadie en el universo puede matarlo. La inmortalidad, en una primera instancia, es un placer inexplicable para él. Pero con el correr del tiempo, todos sus seres queridos fallecen, y éste toma conciencia de que siempre permanecerá solo con la eternidad. Él mismo deja de “vivir” para convertirse en un ser insulso, para el cual todo carece de significado alguno. Le es imposible crear vínculos con los otros y viceversa. Su existencia infinita se transforma en una tortura de la cual sólo ansía la imposibilidad de la muerte.

No he encontrado ejemplo más explícito que el de Simone de Beauvoir, ya que se puede apreciar la importancia fundamental de la finitud. Si el hombre fuera inmortal, su existencia no poseería sentido alguno, y él mismo se transformaría en un ser vacío, sin ningún interés por su propia vida o por la del otro. Así también lo afirma el filósofo alemán Arthur Schopenhauer: “*Si se le*

³ El Ser y El Tiempo. México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 141

*concediese al hombre una vida eterna, la rigidez inmutable de su carácter y los estrechos límites de su inteligencia le parecerían a la larga tan monótonos y le inspirarían un disgusto tan grande, que para verse libre de ellos concluiría por preferir la nada.*⁴ Es decir, que se convertiría, como el personaje, en un prisionero de la existencia.

De esta manera quiero explicitar que el hombre debería –como dice la frase de Borges- temerle más a la eternidad que a la muerte y dejar de tener un rechazo o negación ante este hecho natural e ineludible.

En conclusión, la vida es un juego que –a pesar de que sabemos que vamos a perder-, amerita ser jugado. Somos exiguos, diferentes, iguales, condicionados, finitos, mortales; pero nuestras debilidades son también nuestras virtudes, porque es gracias a la finitud que los hombres podemos valorar nuestra vida, darle sentido a nuestra existencia, relacionarnos con los otros. Nos permite percatarnos de cuán importante es nuestra vida y la de otro; y qué tan necesaria es la muerte para esto.

*Chask'a qawicha*⁵

⁴ Arturo Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, Buenos Aires, Gradifco, p. 65.

⁵ Proviene de los pueblos originarios. Significa *Ojitos de Lucero*

Bibliografía

- De Beauvoir, Simone. Todos los hombres son mortales. Buenos Aires, Mirasol, 1961.
- Feinmann, José Pablo. ¿Qué es la filosofía? Buenos Aires, Planeta, 2006.
- Feinmann, José Pablo. La filosofía y el barro de la historia. Buenos Aires, Planeta, 2010.
- Heidegger, Martin. El Ser y El Tiempo. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Hegel, Georg. Fenomenología del espíritu. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Sartre, Jean Paul. El Muro. Buenos Aires, Losada, 1948.
- Schopenhauer, Arthur. El amor, las mujeres y la muerte. Buenos Aires, Gradifco. 2009.